

II. - RESEÑAS

FLASHAR, Helmut: *Antike Medizin*, herausgegeben von —(Wege der Forschung, Band CCXXI) Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1971, 525 pp.

Este es el segundo volumen que la colección *Wege der Forschung* dedica, según nuestras noticias, a cuestiones médicas. Tras el tomo consagrado a la medicina popular (*Volksmedizin*, editado por E. Grabner) aparece ahora, bajo la dirección de un distinguido estudioso de la medicina griega, H. Flashar, un tomo que, personalmente, estábamos esperando desde hacía tiempo. Pensado especialmente para lectores alemanes, como es tónica general en la colección, el editor, en el prólogo hace una breve reseña de los avatares que la historia de la medicina, especialmente la antigua, ha conocido en Alemania. Una historia que en algunos momentos ha pasado por trances verdaderamente angustiosos tras el primer momento, hacia los años veinte de nuestro siglo, en que, con la figura de Sudhoff y su discípulo Sigerist, parecía asegurada la continuidad del gran momento representado por la generación de los grandes filólogos (Wellmann, Fredrich, Wilamowitz, Heiberg, Diels, Pohlenz, por citar los más significativos) que habían vivido el momento de la creación del *Corpus medicorum graecorum* en 1901. La revista "Kyklos" será, junto con el *Sudhoff Archiv*, el gran exponente de la labor realizada por el grupo de Leipzig, y que quedará truncada —pese a la aparición de los trabajos de un Jaeger, un Edelstein, un Temkin—, por la emigración a Norteamérica, de la flor y nata de los investigadores alemanes en este campo: primero un Jaeger, luego un Temkin, un Edelstein, un Solmsen. En tono profético pudo, en este contexto, un redactor de "Kyklos" escribir, en 1931, las siguientes palabras: "Die Aussichten für die Zukunft sind sehr trüb" ("Kyklos", 3, 1931, 445).

Y, sin embargo, puede contemplarse con cierto optimismo el renacer de una nueva ola en el campo de la Historia de la Medicina antigua. No sólo en Alemania, donde, bajo la dirección de Diller y Deichgräber están floreciendo nuevamente estos estudios, cuyos exponentes más claros son Flashar, Grensemann, Michler, y, si contamos a los suizos de formación alemana, W. Müri y Kudlien; pero también en Francia y Bélgica (Joly, Bourgey, Jouanna), en Italia (Perazzi, Vegetti, Untersteiner, Lanata) y, de un modo inesperado, pero realmente maduro, España. En nuestro país se está observando —sin duda bajo la inspiración, directa o indirecta de Pedro Laín— un notable florecimiento de los estudios de medicina antigua, muestras del cual son libros como la *Medicina hipocrática* de Laín, *Therapeia* de Luis Gil, *La Medicina en Homero* de Albarracín, los dos primeros tomos de la *Historia universal de la Medicina*, dirigida por Laín; añadiré que acaba de salir el libro de mi discípula Eulalia Vintró sobre *Hipócrates y la nosología hipocrática*, el primer volumen de *Hipócrates* de la *Fundació Bernat Metge* (que firma la antes mencionada profesora Vintró y el autor de esta reseña) y un libro mío sobre *Filología, Medicina, Historia*, del que, en forma de primicias, han visto ya la luz algunos capítulos.

Pero es preciso ceñirnos al libro que estamos reseñando. Diremos, ante todo, que Flashar ha renunciado a recoger en el volumen capítulos totales o parciales de libros, para limitarse a artículos. Y ciertamente no le faltan razones para adoptar este criterio, aunque personalmente habríamos deseado la inclusión de algunas páginas de los libros de los grandes filólogos o historiadores de la medicina antigua. Añadiré que el criterio ha sido ofrecer al eventual lector lo más riosamente actual. Si descartamos un par de estudios de principio de siglo (unas páginas de Ilberg escritas en 1905, sobre Celso, y otras del mismo autor de 1907 sobre Galeno) los trabajos incluidos están comprendidos entre 1933 (el estudio de Deichgräber sobre la ética del juramento hipocrático) y 1964 (un trabajo de Kudlien sobre Herófilo).

En conjunto el libro está organizado en forma cronológica respecto a la historia de la medicina antigua: problemas relativos a Hipócrates (Diller, Joly, Lonie, Abel), la medicina anterior a los helenísticos (un estudio de Kudlien sobre Diocles), los grandes médicos helenísticos (el imponente estudio de Solmsen sobre el descubrimiento de los nervios por Herófilo y Erasítrato), la escuela empírica (Edelstein), Celso (Ilberg), Galeno (Ilberg), el fin de la medicina antigua (Temkin) y unas notas sobre la medicina bizantina (Temkin). Cierra el libro una ingente bibliografía compilada por Flashar en 1969, con una nota adicional cerrada en 1970. Pero es de lamentar que el autor no haya recogido la mayor y más reciente aportación al estudio de Galeno. Nos referimos al libro de Siegel, aparecido en 1958.

JOSÉ ALSINA

FORREST, W. G.: *A History of Sparta 950-192 B. C.*, Londres, Hutchinson University Library, 1968, 159 pp.

Con un cierto retraso, ya que fue publicado en 1968, trataremos de reparar el injusto silencio con que ha sido acogido en nuestro país el libro del profesor Forrest. De feliz acontecimiento cabe calificar la traducción castellana que L. Gil dio a la interesante obra de Forrest *The Emergence of Greek Democracy*, publicada en Guadarrama con el título de *La Democracia Griega*, Madrid, 1966, e igualmente feliz sería la iniciativa de facilitar la lectura de este libro que comentamos a los estudiosos de habla castellana vertiéndolo a nuestro idioma.

Como ya señala Le Roy en su reseña, crítica reseña por cierto, publicada en REG, LXXXII, núms. 391-393, 1969, una historia de Esparta en ciento cincuenta páginas y una quincena de capítulos cortos sólo puede "livrer une synthèse commode de l'histoire spartiate, de l'invasion dorieenne à la conquête romaine, sous une forme accessible à un public averti mais non spécialiste". Pero si este objetivo está logrado, y creemos sinceramente que sí, la existencia del ensayo está plenamente justificada. El autor, por otra parte, es consciente de sus propias limitaciones y expone, de entrada, que no le va a ser posible suministrar referencias detalladas para cada cuestión, y que, en consecuencia, suprimirá las notas a pie de página, si bien al final de cada capítulo sintetizará la bibliografía más idónea acorde con el tema. Sistema grato a los no especialistas, pero que resulta mucho más incómodo y penoso a los especialistas.

El estudio se abre con un capítulo dedicado a "Las fuentes" en su triple vertiente geográfica, literaria y arqueológica. Geográficamente hay dos regiones claramente diferenciadas y de difícil comunicación: Mesenia y Laconia, controladas durante casi 350 años (715 al 370) por una ciudad laconia, Esparta, cuyo declive empezó precisamente con la pérdida de Mesenia después del 370. Por desgracia, la arqueología poco o nada nos dice de Laconia en su fase de expansión ni de Mesenia antes de ser anexionada. Los datos literarios —de Tirteo a Filarco— tampoco resultan muy esclarecedores. Resulta obvio, pues, que establecer una cronología es muy inviable, pero Forrest un tanto audazmente, ya que sólo garantiza la fecha de la batalla de Hisias (669) y del rey que allí perdió, Polidoro, elabora unas tablas cronológicas de las dos dinastías reales, Agiadas y Euripóntidas, desde el siglo x hasta el III a. C., alterando caprichosamente la duración de los reinados o generaciones de veinte a cuarenta años, si bien la media suele ser de treinta años.

Tres breves capítulos, previos al *Excursus* sobre las reformas de Licurgo, nos hablan de la doble oleada de dorios que invadió el Peloponeso, la primera hacia 1200 que destruyó los palacios micénicos pero no se aposentó y la segunda hacia el año 1000 que constituyó la base cultural, social e incluso lingüística de la Esparta futura. De hecho sólo se puede afirmar que la Lacedemonia micénica fue destruida hacia 1200 y la Esparta doría fue creada en el siglo x. Los años intermedios son absolutamente desconocidos. Para explicar la presencia de los ilotas y los periecos conviene tener presente la primera expansión espartana en Laconia que conquistó Faris, Gerantras y Amiclas y las convirtió en ciudades *periecas*, mientras que la segunda fase de conquista comporta la reducción a ilotas de los miembros de las ciudades conquistadas. Este sería el caso de los mesenios. Resumiendo al máximo, podría esquematizarse así: a) doble oleada invasora; b) organización de la sociedad a base de tribus, fraternías y fa-

milias; c) expansión espartana en Laconia en una doble fase colonial y conquistadora que da origen a dos capas sociales: periecos e ilotas respectivamente.

Son interesantes las precisiones que Forrest aporta al conflicto mesenio que ya en un artículo suyo de *Historia*, 6, 1957, era visto como un episodio relacionado con la Guerra Lelantina. Por otra parte, el proceso de expansión y su ubicación geográfica casi exclusivamente continental explican la no participación espartana en campañas colonizadoras allende los mares, porque, en palabras del autor: "the security in the Peloponese was more vital to Sparta's interests than any prize she might acquire abroad".

A propósito de la discutida *retra* de Licurgo tenemos aquí analizadas la naturaleza de las reformas —con una nueva traducción basada en el texto de Plutarco y con "el mínimo de prejuicio y dogma"—, la fecha de su promulgación y las consecuencias. En el primer apartado se parte del hecho comúnmente admitido de que las *fratrías* son divisiones tribales y las *obai* divisiones territoriales. El pueblo o *damos* consta de nueve *obai* y cada *oba* de tres *fratrías*. El ejército, después de las reformas, se basó también en las *obai*, con lo cual el ciudadano se religa a su grupo étnico por la *fratría* y a su división local por la *oba*. En un exceso de simplificación clarificadora Forrest, por vía de hipótesis, llega a identificar *fratría* con *κωσίτια* (ciudadanos comiendo) y con *λόχος* (ciudadanos luchando). Pasa luego a señalar la composición y poderes de la *Gerousia*, *Asamblea* y *Apella*, la distribución de los *κλέροι*, el sistema militar, etc. Sobre la fecha del legislador, tras exponer las distintas opiniones que oscilan desde el año 1000 al 776, Forrest defiende una cronología relativamente baja y más acorde con el sistema constitucional que él atribuye a Licurgo: la primera mitad del siglo VII.

El clima de revolución o crisis interna cuya existencia precisa, de algún modo, la legislación licurgesca viene dado, de una parte, por la revuelta de los llamados *Partheniai* y, de otra, por el nacimiento de una nueva clase política a raíz del reparto territorial de Mesenia. No podía faltar, evidentemente, la incidencia de la nueva clase hoplítica en este trasfondo político. La *retra* habría solucionado estas tensiones a base de la *eunomía*, que significa para Forrest "good order", opuesta no a un orden malo, sino simplemente al desorden, y de *dike*, igual a "justice", cuyo opuesto no es injusticia, sino "caprice".

Del capítulo VI al X se resumen los años que separan la legislación de Licurgo de la llamada primera guerra peloponésica. El renovado contacto con Mesenia, impulsada y protegida ahora por Fidón de Argos, cuya muerte hacia el 665, al tiempo que la creciente rivalidad entre Argos y Corinto, permitiría a Esparta solucionar la revuelta y sacar provecho de la victoria y de las nuevas tierras: "Stenyklaros, the southern part of the Neda valley and probably the rest of Mesenia as far as the western sea were in Spartan hands". El pleno apogeo espartano encuentra su manifestación literaria en la obra de Alcmán y su confirmación internacional en la intención de Cresos de concertar una alianza con Esparta. Argos sigue siendo, junto con sus aliados arcadios, la única potencia turbadora, pero su derrota en la batalla de los Campeones, hacia el 545, la margina. En este momento también se sitúa el auge del eforato, institución que procede del siglo VIII, pero que con Quilón, año 556, logra una sólida influencia. No en vano, resalta Forrest, fue éste considerado uno de los Siete Sabios y a él se debe que Esparta pasara de su "tradicional plan de conquista a un esquema más sutil y mucho más efectivo que en menos de cincuenta años hizo de ella la principal potencia en Grecia".

Durante estos cincuenta años, precisamente, Esparta "put down the tyrants", y su oposición a los distintos tiranos del mundo griego radicaba en mayor o menor medida en el hecho de que todos ellos de alguna manera estaban relacionados con su enemiga tradicional: Argos. Es posible que dicha enemistad y no el miedo a Persia justifique su política no intervencionista en las primeras confrontaciones con los persas, inclusive Maratón, y, en cambio, su intervención en el 480 cuando Grecia era ya mucho más fuerte y estaba suficientemente cohesionada como para derrotar al persa, pero su fortaleza se debía a que "Sparta was comparatively weaker, and this weakening was largely Kleomenes doing".

La figura de Cleómenes, analizada política y psicológicamente —¿un paranoico-esquizofrénico?— aclara en gran medida la situación espartana en los conflictos métricos. Dos eran, según el autor, los problemas exteriores de Esparta: la extensión de su influencia fuera del Peloponoso y la aparición de Persia. En el interior se destaca una revuelta de los ilotas.

Cleómenes con sus intervenciones en el Ática, en Corinto, en Egina, en Argos, teñida esta última además de sacrilegio, no supo encontrar ni dar respuesta a estos problemas de un modo adecuado y acabó suicidándose. Esta falta de perspectivas políticas amplias será, por otra parte, una constante en los hombres de estado peloponésicos y podría explicar por qué no supieron sacar partido real de su contribución a la victoria definitiva contra Persia, a pesar de ser Esparta la elegida como líder de la resistencia por los representantes griegos reunidos en el Congreso del Istmo de Corinto. La época de transición entre las guerras médicas y las peloponésicas, desde el prisma espartano, se desenvuelve bajo los reinados de Pausanias, Leotíquidas y Arquidamo en medio de una serie de fluctuaciones políticas externas e internas, en las que la revolución ilota del 465 ocupa un lugar no negligible. Al finalizar dicho período el antiguo expansionismo peloponésico había fracasado y si debía ser reanudado por tierra o por mar iba a encontrarse con Atenas, la cual estaba ahora aliada con Argos y ya en guerra con algunos de los aliados espartanos.

La exposición de la llamada primera guerra peloponésica del año 459 así como de las propiamente dichas guerras del Peloponeso se funda, de un modo primordial, en las historias tucidideas, tanto por lo que se refiere a los motivos: "the real, but not the published, reason was Spartan fear of Athenian expansion", en palabras del historiador griego, matizadas por Forrest, tal vez sin excesiva fundamentación, con una frase discutida por Le Roy en su reseña ya citada: "In short the terrible decision was taken out of pique and jealousy", como en el mismo desarrollo de la contienda.

Las últimas páginas del libro, treinta escasamente, nos sitúan frente al imperio de Esparta, su desaparición después de Queronea y la segunda revolución en tiempos de Agis IV y Cleómenes III, con un segundo *Excursus* sobre la población. A partir del malestar social que pone de relieve la conspiración de Cinadión y de la exposición de las cualidades de Agesilao como gobernante, se llega a la derrota de Esparta en Leuctra y a su retroceso a unas posiciones iguales a las que tuvo en el 750. La explicación viene dada en el *excursus*, tomando como base los efectivos de la armada y la distribución en clases de la población lacedemonia, así como las leyes relativas a la herencia y a la transmisión del *kleros*, opinión, esta última, sustentada ya por Aristóteles. La política reformista, no socialista, subraya Forrest en oposición a algunos historiadores del siglo pasado, de Agis y Cleómenes, comparada a la de los Gracos, que aspiraba solucionar, pero no lo logró, la crisis económica que se produce en Esparta por influjo del mundo helenístico y que, como en el momento de la colonización, hizo "más pobres a los pobres y más ricos a los ricos", esta política y su programa de cambios fueron en buena medida continuados por Nabis. La muerte de éste supuso también la muerte de la revolución y con ella el fin de la historia de una Esparta independiente.

A pesar de que Forrest no oculta sus escasas simpatías por el régimen espartano y su peculiar organización: "This account of Spartan history has not shown much sympathy with Sparta; sympathy is killed by the narrow-minded jealousy she showed for so long to anyone whose power looked like becoming greater than her own and by the utter inhumanity of her behaviour when her own power was supreme", palabras que encabezan la conclusión de su libro, a pesar de ello el autor reconoce algunos de sus valores: haber sido el primer estado conocido que aceptó la idea de que todos los ciudadanos, en tanto que tales, son iguales y que esbozó una constitución que les permitía dirigir su ciudad: su obstinada lealtad a una constitución, que Forrest limita llevado de su clara antipatía "even to a bad one". La principal queja sería, dejando al margen las críticas concretas que Aristóteles formuló a algunas instituciones, el eforato por ejemplo, contra el sistema social. Las últimas palabras del autor definen, creemos, muy bien su particular, pero no por ello menos interesante, punto de vista: "Roman rule restored, repaired, preserved the Lykourgan façade for tuorists-pleasure; but with Achaian help it had made a more thorough job of destroying the spirit. A sad end to an unhappy but not entirely discreditable story" (el subrayado es nuestro).

SCHWARZE, Joachim: *Die Beurteilung des Perikles durch die attische Komödie und ihre historische und historiographische Bedeutung* (Zetemata, Heft 51), München, Beck, 1971, 219 pp.

La colección *Zetemata* prosigue su ritmo de publicaciones; con la presente se alcanza el número 51, sin contar que buena parte de los trabajos publicados han visto ya, en pocos años, una reedición. Le toca ahora el turno a un estudio, en su día tesis de doctorado sugerida por Alfred Heuss, y que ha podido editarse gracias a la colaboración financiera de la *Deutsche Forschungsgemeinschaft* y la *Kommission für alte Geschichte und Epigraphik* del Instituto arqueológico de Munich.

El tema abordado no es, realmente nuevo, aunque sí son nuevas algunas conclusiones parciales relativas a aspectos concretos del problema. El autor realiza una detallada investigación de todas aquellas comedias en las que Pericles es objeto de burla y ataque, desde Cratino a los *Demos* de Eupolis, esto es, en el período comprendido entre 449 y 412.

Sin embargo, Schwarze no adopta un criterio estrictamente cronológico: se abre, por ejemplo, el trabajo ciertamente estudiando al comediógrafo más antiguo que se ha ocupado de Pericles, pero la primera obra estudiada es el *Dionisalejandro*, que hay que fechar en 430 (cfr. Geissler, *Chronologie der attische Komödie*, Berlín, 1969^o, 24 y ss.). La explicación de este hecho radica en que Schwarze aborda ante todo las comedias de tema paródico del mito, para centrar luego su atención en las comedias de intención puramente política.

El análisis de la comedia de Cratino ocupa una tercera parte del trabajo (5-90): en estas páginas iniciales realiza un estudio exhaustivo de las piezas cratíneas que se encaran con la figura de Pericles, concretamente con el ya citado *Dionisalejandro*, *Némesis*, *Plutoi*, *Quirones*, *Thrattoi*, *Drapetides*, *Arquiloco*, cerrando esta parte con el análisis de los *fragmenta incerta*. Los demás cómicos estudiados son Calias, Teleclides, Hermipo, Eupolis, Aristófanes, Platón, para concluir con los fragmentos adéspotas. La segunda parte del trabajo se ocupa de la imagen que de Pericles esboza la comedia y su significación histórica. Un breve apéndice reproduce las "hypotheses" del *Dionisalejandro*, de los *Plutoi* de Cratino, y la de los *Prospaltides* de Eupolis. Cierra el trabajo una bibliografía en la que se echan de menos algunos trabajos: por ejemplo el *Thucydides mythistoricus*, de Cornford, cuya primera parte se ocupa del tema de las causas de la guerra (concretamente, del decreto megarense).

No es posible, en el marco de una simple reseña, dar una idea completa del trabajo. Nos limitaremos a señalar algunos puntos concretos y, sobre todo, a discutir las principales conclusiones del autor.

El estudio del *Dionisalejandro* de Cratino es, acaso, uno de los más interesantes del trabajo de Schwarze. Desde que Grenfell y Hunt publicaron la hipótesis de esta pieza, descubierta en un papiro (Ox. Pap. IV, 1904, núm. 663, pp. 69 ss.) estamos bastante mejor informados del tema general de la pieza: sabemos de un modo seguro que se trataba de una parodia mítica (el tema parodiado era el juicio de Paris y el rapto de Helena) aunque las innovaciones del autor eran no pocas (entre ellas, la más importante, sin duda alguna, era el pasaje en que Pericles aparecía bajo la forma de Dioniso, ocupando el lugar de Paris en el juicio de las diosas). La guerra de Troya, provocada por el rapto de Helena, era, muy posiblemente, la guerra del Peloponeso.

De todo eso nos informa bastante bien el papiro de Oxirrincos, aunque éste contiene no pocas lagunas. Importante, a este respecto, es lo que la hipótesis afirma al final: *καμφθεῖται δ' ἐν τῷ δράματι Περικλῆς μάλα πιθανῶς δι' ἐμφάσεως ὡς ἐπαρτειοῦχος τοῖς Ἀθηναίοις τὸν πόλεμον*. Pero aquí se presentan algunos problemas: Körte leía *ἐμφάσεως*, y explicaba el término *ἐμφασίς* echando mano de la definición de Tiber. *De figuris Demosth.*, 14 (*ἐμφασίς δὲ ἔστιν, ὅταν μὴ αὐτὸ τις λέγῃ τὸ πρᾶγμα, ἀλλὰ δι' ἐτέρων ἐμφανῆν*). Pero la conjetura de van Leeuwen δι' Ἀσπασίαν es digna de tenerse en cuenta, sobre todo si no perdemos de vista el papel que, en los ataques contra Pericles, juega el nombre de su amante.

Otro término importante, a la hora de la interpretación es la expresión de la mencionada hipótesis ἐν τῷ δράματι. Algún crítico, por ejemplo Moessner, ha avanzado la hipótesis de que esta expresión significa que en la pieza se hacían algunas alusiones a Pericles, no, como cree Schwarze, que la pieza realizaba una total parodia y una constante referencia al

político. La cuestión es difícil de resolver. El autor del trabajo que reseñamos se decide tajantemente por la parodia constante, aunque a juicio nuestro la alusión del autor de la *hipótesis* conservada en el papiro, hecha al final y como de pasada, no autoriza demasiado la conclusión de Schwarze. La cuestión es básica para valorar debidamente la significación de la pieza de Cratino y el recensor no está del todo convencido de los argumentos de Schwarze en favor de una pieza en la que la "trasposición mítica" sea lo esencial. Más bien nos inclináramos a aceptar el punto de vista de Moessner.

La parte final del estudio que nos ocupa se enfrenta con la significación histórica de la sátira política de la comedia. El autor adopta aquí un punto de vista que me parece harto discutible. Sostiene, en efecto (cfr. pp. 176 ss.), que los ataques contra Pericles no iban dirigidos a su persona política, sino, simplemente, al hombre que, en aquellos momentos, era la figura más importante de Atenas: y dado el carácter de *γελοιοποιία*, esencial en la comedia antigua, se sigue, según el autor, que los ataques contra Pericles iban encaminados simplemente a provocar la risa. La tesis me parece más que discutible. Por lo pronto, el propio Schwarze tiene que reconocer que el caso de Hermipo plantea ciertas dificultades. En efecto, sabemos que Hermipo, poeta cómico, fue el que dirigió el proceso contra Aspasia (cfr. Plut., *Pericles*, 32, 1), ataque, que naturalmente, apuntaba más a Pericles que a su compañera. Schwarze resuelve la cuestión afirmando, sencillamente, que Hermipo es una excepción (*Hermippos' Vorgehen geradezu als Ausnahme dasteht*, p. 177), y que, en general, no hay noticias de un "compromiso político" de los poetas cómicos atenienses. La cosa, repetimos, nos parece harto discutible, y el paralelo entre el caso Hermipo y los ataques de Aristófanes contra Cleón creo que significa algo. Si ciertamente fuese sólo la *γελοιοποιία* lo que buscaban los cómicos, no se explicaría ni la virulencia de los ataques ni la cruda reacción de los atacados. Contra tal punto de vista (que halla su paralelo en la tesis de Murray, *Aristophanes*, 1933, 87 ss., a propósito de la intención de los ataques de este comediógrafo contra Sócrates) más bien nos inclináramos al punto de vista de Gilbert (*Beiträge zur Inneren Geschichte Athens im Zeitalter des peloponnesischen Krieges*, Leipzig, 1877, 74 ss.) quien tendía a creer que el partidismo político de la comedia derivaba del hecho de que sus coregos eran personas acomodadas, y en general, miembros de la nobleza ateniense. El contrargumento de Schwarze, a saber, que después del ostracismo de 443 la oposición careció de fuerza de organización, puede volverse contra él: precisamente al no poder realizar una oposición efectiva en la Asamblea, se acudió al ataque indirecto, por medio de la comedia. En todo caso, el tema es interesante y el análisis, realizado por el autor, de una serie de piezas fragmentarias de la comedia antigua, útil, aunque algunas de sus conclusiones no sean lo sólidas que sería de desear.

JOSÉ ALSINA

DONNI, Guido: *La posizione di Tucidide verso il governo dei Cinquemila*. Torino, Paravia, 1969, 116 pp.

Este estudio es la versión revisada y traducida del inglés de la tesis doctoral del autor presentada en la Universidad de Harvard en 1965. El problema examinado es la aprobación por parte de Tucídides del régimen de los Cinco Mil que aparece claramente expresada en VIII, 97, 2:

καὶ οὐχ ἥμισυ δὴ τὸν πρῶτον ἐπὶ γε ἐμοῦ Ἀθηναῖοι φαίνονται εὖ πολιτεύσαντες· μετρία γὰρ ἦ τε ἐς τοὺς ὀλίγους καὶ τοὺς πολλοὺς εὐχρησας ἐγένετο καὶ ἐκ πονήρων τῶν πραγμάτων γενομένων τοῦτο πρῶτον ἀνήνεγκε τὴν πόλιν.

La aprobación de dicho régimen es tanto más sorprendente cuanto a lo largo de su "Historia" parece admirar de modo particular la democracia periclea. El análisis de esta contradicción es el objeto de la investigación del autor, que trata de conciliar ambas posiciones intentando demostrar que hay un denominador común entre ellas.

El método seguido es en primer lugar examinar el significado del pasaje VIII, 97, 2 y des-

pués juzgarlo a la luz de lo poco que se sabe acerca de la naturaleza de dicho régimen. En la segunda parte se confronta la posición del historiador respecto a este régimen con su opinión de la democracia en tiempos de Pericles, con la de sus sucesores, y con su posición respecto a la oligarquía de los Cuatrocientos. La tercera parte se ocupa de la composición de la "Historia" pero solamente lo concerniente al libro VIII y más concretamente el VIII, 97, 2. Por último se expone una serie de posibles conclusiones que se intenta conciliar.

El análisis del pasaje se centra especialmente en τὸν πρῶτον χρόνον, πολιτεύσαντες, μετρία ξύγκρασις.

Con respecto a la primera expresión se exponen las interpretaciones existentes; unas consideran que significa "por primera vez" y otras "en el primer período" (de este régimen) o "durante el primer período" (después de la caída de los Cuatrocientos). De las dos interpretaciones, la segunda parece más probable, aunque cualquiera que sea la traducción de τὸν πρῶτον χρόνον el significado continúa siendo en ambas que Tucídides considera que aquel régimen fue el mejor que Atenas tuvo en su vida. Pero hay que observar que en la primera interpretación la superioridad que Tucídides atribuye al régimen debería ser considerada mucho mayor.

Mucho más fructífera se revela la interpretación de πολιτεύσαντες. El término puede referirse a la constitución o al gobierno en su funcionamiento, o quizás ambos conceptos están presentes en la mente de Tucídides. El modo con que el verbo πολιτεύω es usado en Tucídides parece confirmar que en VIII, 97, 2 no se aluda a la constitución. Este significado es también particularmente común en Aristóteles, sobre todo cuando va acompañado de un adverbio como εὖ ο κακῶς, al igual que en el presente caso, lo cual constituye un interesante paralelismo entre Tucídides y Aristóteles.

La interpretación de μετρία ἐς τοὺς ὀλίγους καὶ τοὺς πολλοὺς ξύγκρασις es especialmente interesante ya que, según el autor, éste es el nexo de unión entre el régimen de los Cinco Mil y la democracia periclea. Naturalmente para sustentar esta hipótesis supone, siguiendo a Ste. Croix, que el gobierno alabado por Tucídides en VIII, 97, 2 era probablemente una democracia con elementos oligárquicos más que una oligarquía con elementos democráticos.

En el segundo capítulo, donde se estudia con atención las relaciones de Tucídides con la democracia periclea y postpericlea, se subraya la admiración del historiador por la ξύγκρασις conseguida por Pericles. El análisis de la política postpericlea revela su falta de ξύγκρασις, lo que es objeto de condena por parte de Tucídides a lo largo de toda la obra. El régimen de los Cinco Mil representaría, pues, dentro de esta línea, una vuelta a la ξύγκρασις periclea, aunque breve y con distintos matices, ya que el imperio y sobre la situación militar eran notablemente distintos. Así, en este capítulo central, se desarrolla ampliamente la teoría apuntada *supra*, es decir, la admiración de Tucídides por aquellos gobiernos que proporcionaron potencia exterior a Atenas y una ξύγκρασις interior dejando un tanto al margen las cuestiones constitucionales, como nexo de unión entre dos regímenes tan distintos.

En el capítulo referente a la composición de la "Historia" se apuntan dos posibilidades respecto a la cronología del libro VIII y del pasaje citado. La primera propone una composición anterior al 404, bastante próxima a los hechos narrados. Por consiguiente, el VIII, 97, 2 y el elogio de la moderación de los espartanos y los de Quíos en VIII, 24, 4, debieron ser escritos bajo el influjo de los sucesos todavía recientes. Si Tucídides hizo modificaciones a partir del 404 en el libro VIII, no debió de sentir la necesidad de cambiar sus opiniones del 410, pero la diferencia con la democracia periclea fue evidente para él y así lo manifestó claramente al redactar de forma definitiva su obra a partir del 404. La otra hipótesis sugiere que los libros VI, VII, VIII fueron escritos más o menos sin intermitencias. La aprobación del gobierno de los Cinco Mil parece estar dentro de una línea de pensamiento que desea una democracia en la que los diversos elementos ciudadanos estén compensados. En esta línea la afirmación de VIII, 97, 2 parece menos sorprendente.

En el capítulo final se proponen cinco hipótesis para resolver el conflicto entre VIII, 97, 2 y la valoración tucidídea de la Atenas de Pericles.

La primera hipótesis señala, siguiendo a Finley y a Andrewes, que el juicio expresado

en VIII, 97, 2 significaría solamente que Tucídides bajo la presión de los graves acontecimientos del 411 y tras haber reflexionado sobre los errores de Atenas después del 429, llegó a la conclusión de que una democracia modificada que había logrado dar fuerza y unidad a la polis y había mejorado notablemente su situación militar, era casi tan buena como la plena democracia bajo Pericles.

Una consideración que puede ser útil para interpretar el citado pasaje es pensar que el historiador no diese mucha importancia al principio constitucional del régimen. A partir de ahí se propone una nueva interpretación de VIII, 97, 2, basándose en que πολιτεύσαντες se refiera al gobierno efectivo de la polis y no a la constitución pero teniendo en cuenta que Tucídides, por las palabras μετρία ἕς τοὺς ὀλίγους καὶ τοὺς πολλοὺς ξύχρασις, es consciente de que la buena administración era en gran parte debida a los principios constitucionales.

El problema de VIII, 97, 2 podría resolverse fácilmente si el valor de las καὶ οὐχ ἤκιστα εὖ πολιτεύσαντες fuese "tuvieron uno de los mejores gobiernos", es decir, si el superlativo estuviera usado en sentido relativo y no absoluto. Pero el ὄγῃ colocado por el historiador poco después del οὐχ ἤκιστα tiende a reforzar la opinión de que el superlativo valora al régimen por encima de todos los demás. Sin embargo, si se considera que no será posible averiguar cuál fue el pensamiento de Tucídides en este pasaje, el sentido restringido del superlativo relativo no puede excluirse del todo en VIII, 97, 2.

La posición política expresada en VIII, 97, 2 es puesta en relación con el exilio del historiador. Dada la escasez de datos de esta veintena de años es difícil saber hasta qué punto este hecho influyó en el juicio que Tucídides emite en este pasaje. Las interpretaciones son varias; entre ellas se recogen las de Schmid, Ste. Croix, Bowersoch, Finley. Esta última sugiere que si Tucídides describió tan vivamente la grandeza de la Atenas periclea en sus últimos años de exilio, quizás una de las razones por las que admiraba al régimen de los Cinco Mil, era por el hecho de que le recordaba la democracia de los tiempos de Pericles.

Otra hipótesis que podría conciliar el elogio de los Cinco Mil con la posición de Tucídides hacia la democracia periclea sería que hubiese sido igualmente sincero y entusiasta en las alabanzas a los dos regimenes. Esto, sin embargo, puede parecer extraño en una obra en la que, como muy bien han señalado Finley y de Romilly, hay una gran unidad de pensamiento. No obstante, podría explicarse por la propensión de Tucídides a la antítesis. El hecho de que dedicara mucha más atención a la democracia periclea que al régimen de los Cinco Mil es debido probablemente a que la primera tuvo una duración mucho mayor, pero está compensado por el modo extraordinariamente directo con que elogia a este último. Cuando después de la guerra el historiador se detuvo a analizar sus causas, se dio cuenta de que Atenas hubiese vencido de haber seguido los consejos de Pericles. En esta época es improbable que pensase en el gobierno de los Cinco Mil.

Como conclusión, el autor no se inclina en especial por ninguna de estas hipótesis, sino que, tomándolas en conjunto, piensa que Tucídides no admiraba más el modo con que Atenas fue gobernada por los Cinco Mil, que el gobierno de Pericles y la constitución democrática avanzada en el período comprendido entre el 445 y el 429. Sin embargo, Donini es consciente de las limitaciones de tal conclusión y que a falta de un descubrimiento sensacional es casi imposible descubrir exactamente por qué Tucídides se expresó de tal modo en VIII, 97, 2.

EUGENIA DE PACÉS

DIGGLE, James: *Euripides Phaeton*. Cambridge, University Press, 1970, pp. XI, 244, 6 fotos.

Los fragmentos del *Faetonte* de Eurípides que han llegado hasta nosotros, dependen fundamentalmente de dos fuentes: dos páginas de un manuscrito euripídeo escrito hacia el año 500 a. C., que formó parte posteriormente del Codex Claromontanus y que fue transcrito por primera vez en el siglo XIX por Hase y Bekker; y un papiro del siglo III a. C. que contiene una parte importante del párodo. Existen, además, fuentes de tradición indirecta en los autores clásicos y una hipótesis fragmentaria recientemente publicada.

La tarea que se propone el doctor Diggle en ésta, su tesis doctoral, es reeditar y explicar estos textos después de haber reexaminado personalmente el palimpsesto y las hipótesis fragmentarias de la obra en P. Oxy. 2435 y de haber encargado al doctor C. F. L. Austin el examen del papiro en Berlín. Diggle ha sacado además fotografías de ambos fragmentos que incluye en su libro.

El trabajo comienza con un breve esbozo de la historia del mito de Faetonte en la literatura griega y latina, deteniéndose especialmente en Hesíodo y Esquilo.

A continuación, después de explicar los orígenes del manuscrito y del papiro a que hemos aludido anteriormente, pasa a reconstruir el esquema de la obra, ofreciendo en primer lugar el contenido del fragmento y su procedencia, y luego su reconstrucción personal.

En cuanto a la fecha del *Faetonte* después de exponer las opiniones a este respecto de Wilamowitz, quien cree que fue una obra temprana, de juventud, y de Zielinski, quien la fecha algo tardía (alrededor del 415-409), Diggle, basándose fundamentalmente en la métrica, la sitúa alrededor del 420, discrepando en gran manera de Wilamowitz.

El doctor Diggle da seguidamente el texto fragmentario de la hipótesis y del *Faetonte*, con un comentario filológico extensísimo, en el que sostiene a veces con firmeza algunas de sus teorías.

En los apéndices discute los tratamientos del mito por los sucesores de Eurípides. En el apéndice A estudia el tratamiento de la leyenda de Faetonte en las *Metamorfosis* de Ovidio y en las *Dionisiacas* de Nonno, apoyando la influencia de aquél en éste. En el B expone los tratamientos de Q. Sulpicio Máximo, Luciano y Filóstrato. Y en el C de los monumentos artísticos. Hay además una bibliografía completa y los índices acostumbrados.

La obra de Diggle es un modelo de tesis doctoral bien hecha, siendo además muy útil tanto para el estudioso de Eurípides como en general para todo helenista.

ALICIA SOLER

TIGERSTEDT, E. N.: *Plato's Idea of Poetical Inspiration* (Commentationes Humanarum Litterarum, Societas Scientiarum Fennica, vol. 44, núm. 2), Helsinki, 1969, 78 pp.

En los últimos cien años de filología griega se ha suscitado una cuestión interpretativa francamente interesante y disputada: la posibilidad de admitir o negar en Platón una teoría sistemática sobre la poesía, una Poética. No la aceptan, entre otros, Zeller, Wilamowitz, Friedländer, Dodds, Havelock y Tigerstedt; uno de los más representativos defensores de la exégesis contraria ha sido el eminente editor de Platón W. J. Verdenius, cuyos puntos de vista son frecuentemente discutidos a lo largo del presente trabajo por el estudioso finlandés. La realidad de tales desacuerdos constituye una muestra más de las conocidas controversias sobre cuestiones cronológicas, de autenticidad, de unidad de pensamiento, de evolución ideológica, etc., a que ha dado lugar entre filólogos e historiadores de la filosofía la obra de Platón. Buena parte del abrumador número de trabajos de puntos de vista antitéticos se debe a ciertos métodos hermenéuticos más o menos precisos. Uno de ellos, y usual, consiste en acotar un tema determinado persiguiéndolo a través de todos los diálogos. Sin embargo, Tigerstedt, para el estudio del tema que presenta —el aparente sinsentido que resulta de la comparación entre la fervorosa declamación de Sócrates sobre la locura divina de los poetas en el *Ion* y la recusación de éstos en las *Leyes*—, rechaza este procedimiento y propone: "... to understand each dialogue and each idea and utterance in it in its context, without, at this first stage, appealing to other dialogues. Only after having done so, we may try to compare the ideas and utterances in one dialogue with those in another, and, if possible, to combine them" (p. 6), pues cada diálogo posee una individualidad no sólo artística, sino dialéctica. Este es, en síntesis, el método enunciado por el autor en la primera parte del trabajo, los *Prolegomena* (pp. 6-13). De acuerdo con ello, se organizan los diversos capítulos según los *loca probantia* más significativos, con el siguiente orden:

II. *The Ion.*

III. *The Apology.*

- IV. *The Meno.*
 - V. *The Phaedrus.*
 - VI. *The Laws.*
 - VII. *The Nature of Poetical Inspiration.*
 - VIII. *The Authority of Poetical Inspiration.*
- Excursus: Plato and Democritus.*

Después de una atenta presentación descriptiva de cada diálogo, seguida de una discusión sobre el estado de la cuestión referente al sentido dialéctico e irónico de cada uno, con los capítulos VII y VIII (pp. 63-72) entra en la elaboración de las conclusiones: la descripción de la inspiración poética es virtualmente la misma en todas las obras que tratan sobre el tema, desde el *Ion* hasta las *Leyes*; la única diferencia reside en que el estado pasivo del poeta cuando está fuera de sí (*ἔκφρων*) y poseído (*κατεχόμενος*) se hace extensivo en el *Ion* a los recitadores e intérpretes y al público mismo, mientras que esta noción no aparece en los demás diálogos. Ahora bien, la concepción platónica sobre la inspiración poética como una especie de locura no ha sorprendido a los estudiosos, dado que la mayoría de ellos consideraban fiables las palabras de Platón en las *Leyes* (719C), cuando afirma que se trata de un *παλαιὸς μῦθος*. No obstante, Tigerstedt, fundándose en un trabajo suyo reciente ("Furor Poeticus", *Journal of the History of Ideas*, 31, 1970), afirma haber intentado demostrar que no hay realmente pruebas de la existencia de una tal noción anterior a Platón, con la posible excepción de Demócrito, y que aún de la pretendida influencia de éste sobre Platón no se puede llegar a ninguna conclusión cierta. La tradición habla del poeta como receptor de inspiración, pero no como "poseído". Platón es el primero en proponer la segunda explicación. Esto nos empuja a preguntarnos el por qué. La solución nos vendrá dada si consideramos con Havelock (*Preface to Plato*, Oxford, 1963, pp. 334 ss.) que a la poesía, vehículo del *ethos*, transmitida con repeticiones y ampliaciones sucesivas a cargo de generaciones de poetas, se la despojó, hacia finales del siglo v, de sus propósitos funcionales como educación tribal y que éstos fueron encomendados a la prosa, pasando del discurso poético al discurso conceptual. Para Platón, las relaciones entre filosofía y poesía constituían una antítesis entre verdad y falsedad. En su intento de una reforma radical de la educación griega, la poesía era el mayor obstáculo. En consecuencia, para Platón el poeta no estará "inspirado", sino, en todo caso, "poseído", cosa que no avala precisamente la conveniencia pedagógica de las palabras del poeta. Además, como "poseído", se asemeja al adivino, cuya inhabilidad para comprender lo que está viendo y diciendo es manifiesta (*Timeo*, 71E-72B). De ahí la necesidad de un *imprimatur* por parte del legislador ante la actividad del poeta.

Queda, así, solucionada la contradicción, ya mencionada, entre el trato que reciben los poetas en el *Ion* y en las *Leyes*. El planteamiento y argumentación de Tigerstedt son correctos y la posibilidad de las conclusiones parece admisible en principio, pero hay que hacer una reserva: para detectar la tradición preplatónica de la explicación por la "posesión", nos hallamos, como en tantos otros intentos de la investigación filológica, con una insuficiencia informativa nada despreciable, dado el carácter lacunoso de la literatura griega, y Tigerstedt emplea precisamente como parte importante de su argumento la ausencia informativa sobre la "posesión" en la tradición anterior a Platón. Esto hace que su trabajo aparezca un tanto hipotético. De todos modos, aporta un buen haz de sugerencias valiosas. Vale la pena destacar especialmente la parte introductoria sobre el método de trabajo, verdaderamente lúcida, y las discusiones sobre la atmósfera dialéctica e irónica de cada obra. En fin, el autor ha realizado una labor que a buen seguro habrá de ser tenida en cuenta por los estudiosos del tema.

DEININGER, Jürgens: *Der politische Widerstand gegen Rom in Griechenland*. Berlín, W. de Gruyter, 1971, 279 pp.

Si la oposición espiritual contra Roma ha sido objeto de estudios exhaustivos — pensemos en el famoso libro de Fuchs— los aspectos concretos de la resistencia política griega frente a la conquista romana no han recibido la atención merecida. Es más, sobre el problema se sostienen puntos de vista opuestos, encontrados. Sin pretender afirmar que en el aspecto de la oposición espiritual reine un completo acuerdo entre los historiadores (Palm, hace algunos años arremetió contra la tesis de la resistencia, sostenida por Fuchs) sí se echa de ver que desde el siglo XIX hasta nuestros días la perspectiva ha cambiado enormemente. F. de Doulanges, por ejemplo, en 1858, defendía que la historia de Grecia desde la segunda guerra macedónica hasta el 146 a. C. podía sólo entenderse a la luz de la lucha y enfrentamiento entre aristocracia y democracia griegas: aquélla habría tomado partido por Roma, ésta por Grecia en contra de la conquista romana. En 1939 A. Passerini sostiene puntos enteramente encontrados: ha sido la capa democrática, incluso la oclocracia, la que se ha puesto al lado de Roma, frente a la aristocracia, que defendía la tradición griega.

Deininger, en este interesante libro, pone de relieve que conceptos como democracia y aristocracia no sirven para entender el sentido auténtico de la oposición política contra Roma. Para sustituir esta serie de conceptos, parte Deininger de las tendencias panhelénicas tal como se estructuraron en el siglo IV, siguiendo su proceso e historia hasta el momento del enfrentamiento de Grecia con Roma. Señala como causa esencial del hundimiento de la oposición griega el policentrismo político, lo que hizo perder fuerzas a la resistencia. Tal debilitación apareció primero en las capas más altas; en las más bajas, perdura un poco más, pero se hunde finalmente la resistencia hacia 88-86 a. C. El libro tiene un alto interés en una triple faceta: primero, por centrar un tema que nos parece de un innegable atractivo para entender una época tan complicada y decisiva como la que estudia; en segundo lugar porque el libro es, indirectamente, un estudio de aspectos concretos de la obra polibiana, que tan interesantes estudios está suscitando hoy; y, en tercer lugar, porque se ensaya un nuevo intento por entender el fenómeno de la resistencia desde un ángulo no simplemente político, sino esencialmente sociológico.

JOSÉ ALSINA

FRIEDMAN, John Blok: *Orpheus in the Middle Ages*. Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1970, XVI + 247 pp., 34 ilustr.

El profesor Friedman estudia los distintos conceptos de Orfeo y las aplicaciones de su mito en la Europa occidental entre la caída de Roma y la muerte del poeta escocés Robert Henryson (hacia 1500); pero el autor no se limita a la Edad Media, sino que en busca de los factores que condicionan su interpretación, remonta a los tiempos más tardíos de la Edad Antigua, tras una rápida visión del héroe que habrían conocido el mundo helénico y helenístico, del "ur-Orpheus", por ser algunos de sus aspectos relevantes en la Edad Media y otros olvidados o subordinados a otros propósitos. Con método selectivo se examinan los materiales que acusan mayores cambios, o han contribuido a ellos, en los terrenos artístico, filosófico y literario. A grandes rasgos tracemos el contenido principal de esta obra:

A mediados del siglo III a. C. Orfeo aparece como portavoz del monoteísmo, doctrina que en la juventud, durante su estancia en Egipto, había aprendido de Moisés; pese a vivir de acuerdo con el paganismo se retracta en la ancianidad y aconseja a su hijo Museo la creencia en el Dios de Moisés; y viene a corroborarlo el *Testamento de Orfeo*, escrito apócrifo de acusado sincretismo, atribuido a un judío helenizado, el cual intentaba demostrar a los griegos que Zeus y Jehová eran uno y que sin saberlo habían rendido culto al Dios de los hebreos. El *Testamento* se relaciona con los escritos apologeticos de la colonia judía de Alejandría, surgidos de un ambiente de controversias filosóficas y religiosas con los griegos, por afirmar la dignidad de su origen y la superioridad cultural de los profetas sobre las grandes figuras de la historia sagrada griega, y también se halla en relación, por su forma, con el libro apocalíptico de los judíos de la época helenística. Los apologetas cristianos adu-

cen el *Testamento* para demostrar que la cultura griega derivaba de las enseñanzas del Pentateuco, fuente donde tomarían su saber Orfeo, Platón y otros de los antiguos griegos, y dirigen sus ataques a los dioses y semidioses, pero Orfeo es tratado con más benevolencia y a él aluden, por su *Testamento*, en favor del monoteísmo; no obstante, con el afianzamiento de la Iglesia a partir del Edicto de Milán, cesa de tal función en la apologética, así san Agustín reprocha su conducta por no haber actuado según la verdad que conocía.

Ya en el siglo II Orfeo es utilizado para representar a Cristo como Buen Pastor y psicopompo en los frescos de las catacumbas, esculturas de los sarcófagos y en los mosaicos de pavimentos; por su carácter pacífico y tradición monoteísta, entre varios motivos, los artistas, faltos de un legado judío en pintura y escultura, le prefieren a otros dioses y héroes, y en la imagen de Cristo se presenta rodeado de animales que adquieren un valor simbólico referido generalmente al personaje central: el águila, de psicopompo; el pavo real, de la inmortalidad; la paloma, de la paz de Cristo a los miembros de su Iglesia, de la inocencia. En la configuración del Orfeo-Cristo intervienen el cristianismo, el sincretismo de magia y teurgia, y el neoplatonismo.

La Edad Media exagera el mito, extrayendo de él una lección moral; ello se realiza en la *Consolidación de la Filosofía* de Boecio, en los comentarios a esa obra, a las *Metamorfosis* de Ovidio y a otros escritores; Eurídice viene a simbolizar a Eva, al Bien, o a la concupiscencia que arrastra a Orfeo —la razón— al infierno; la serpiente que le ocasionara la muerte es símbolo del diablo; el amor de ambos será el de Cristo por su Iglesia; esta postura constituye una aproximación al mito en busca del mensaje religioso y ético. Por otra parte, Fulgencio en sus *Mitologiae* y los mitógrafos establecen una interpretación también alegórica, pero etimológica y en relación con el arte de la música, al derivar el nombre Orfeo de "oraia phone" ("optima vox"); Eurídice, de "eur dike" ("profunda diiudicatio"), y Aristeo, de "aristos", en conexión con la mejor clase de hombres que persiguen los secretos de la armonía. Ambas tendencias —la moralizadora y la etimológica— enlazan de nuevo a Eurídice con Orfeo, superflua al monoteísmo y psicopompo.

En la última etapa de la Edad Media éste se ha medievalizado en idiosincrasia, género de vida, costumbres, indumentaria, y es un personaje de las características del "romance" caballeresco y del "amor cortés"; esta transformación ha ido fraguándose por vías de los comentaristas y mitógrafos, los ilustradores de los manuscritos de la leyenda de Orfeo, los ejercicios de "amplificatio" y "descriptio" retóricas de los estudiantes, por el tratamiento de los escritores profesionales y los convencionalismos del "romance", que le convierte en un juglar y resalta sus poderes mágicos ya tradicionales; ha adquirido dignidad real de la asimilación con el rey salmista David. Estos rasgos convergen de alguna manera en el "romance" anónimo no-cíclico *Sir Orfeo*, compuesto hacia 1325, que recibe influencias de la leyenda céltica, y en el poema moralizante *Orpheus and Euridice* de Robert Henryson, poeta que, aunque murió en el Romanticismo, no obstante queda retrotraído al Medievo por las notas distintivas de su obra; en ambas composiciones contemplamos a sus protagonistas más como amantes que abstracciones de los comentarios, en los que encontramos precedentes del final feliz de *Sir Orfeo* (si consideramos las noticias más antiguas referentes al desenlace de la bajada al Hades las hallaremos afectas de ambigüedad).

Por lo demás, el índice onomástico final facilita la consulta del libro y las ilustraciones han sido bien escogidas.

John B. Friedman, medievalista, profesor de Inglés en la Universidad Sir George Williams de Montreal, aporta un valioso estudio no sólo al mito de Orfeo y las actitudes hacia él durante la Edad Media y últimos tiempos de la Antigua, sino también al tratamiento del mito pagano durante estos periodos, concluyendo que de la adaptabilidad para conformar su contenido con los valores e inquietudes humanas, tales historias renuevan su vigor; y éste es el caso de Orfeo. Abundante bibliografía poseemos en torno a él, pero se percibía la necesidad de una investigación como la presente.

PIANEZZOLA, Emilio: *Traduzione e Ideologia. Livio interprete di Polibio*. Bologna, Casa Editrice Prof. Riccardo Pàtron, 1969, 106 pp.

Numerosos estudios sobre Livio han aparecido en los últimos años, contribuyendo a profundizar las fuentes de que se sirve el autor romano y los valores, ideas y métodos, que tenía presentes en su magna obra, reaccionando así contra los detractores de Livio.

Pianezzola nos informa de los varios caminos de estudios, que se podrían seguir y de hecho se han seguido, al analizar las relaciones de Livio y Polibio. Para guía del lector, en las notas, aparece la bibliografía más relevante sobre cada uno de ellos, incluyendo la más reciente.

En primer lugar la *Quellenkritik* o cuestión de las fuentes, particularmente si Polibio es usado como fuente directa o indirecta; un segundo campo el de la crítica histórica, en el que menciona los trabajos de nuestro J. Vallejo (*Emerita*, XII, 1944), junto a Berthelot y De Witt; por último, la crítica literaria y estilística.

Estos estudios se han relacionado entre sí, y el autor nos presenta una visión más detallada de los estudios sobre el estilo de ambos autores, para determinar la relación de Livio con respecto a Polibio, o la dependencia de un intermediario, o de una fuente común, punto éste, a su parecer, "una posibilidad difícilmente sostenible". El autor hace amplias referencias a Witte, al que debemos haber profundizado la técnica narrativa y de composición de los discursos en Livio, mediante el análisis lingüístico y estilístico comparándolo al de su fuente directa.

Recogiendo la tesis de Poncelet realza la necesidad de estudiar el carácter mismo de la prosa latina y de la prosa griega, por lo que se puede "insertar el *uertere* de Livio, en el más amplio cuadro del *uertere* de los latinos del griego". Precisa también que, aplicando el método de La Penna y Rambaud en César, se pueden encontrar nuevas concordancias Livio-Polibio, buscando entre las deformaciones sutiles y coloristas que Livio hace de los hechos para una Historia "digna de la potencia de Roma", el fondo histórico en que coincide con Polibio.

El autor llama a este procedimiento "Romanizzazione". Romanización que aplica en tres niveles:

I) Romanización estilístico-literaria. — Es el aspecto tratado por Witte con anterioridad. Livio se propone dar a su narración unos matices que la hagan apta para cumplir los fines retóricos del *delectare* y *mouere*, y para hacer llegar a todos, ciudadanos y extranjeros, el sentido de la majestad y grandeza de Roma. Polibio escribe para el φιλομαθῶν, para quien quiera sacar de la Historia normas de comportamiento político. Los diversos caracteres que impone la reelaboración a que somete Livio sus fuentes se van documentando en el libro con citas paralelas de Livio y Polibio. La "tensión épica-concreción sensitiva de los hechos" — ἐνάργεια —, en Liv., 28, 26, 14 s.; 27, 1/Pol., 11, 27, 7 s.; 28, 1, con otros dos paralelos más. E igualmente otros caracteres como: semejanza e identificación de los símiles usados para explicar un suceso. Condensación, en la que Livio sintetiza aspectos más ampliamente tratados por sus fuentes, o bien añade una pincelada moralizante como en Liv., 21, 48, 5 s. / Pol., 3, 68, 1-4.

II) Romanización exegetica. — La explicación y conversión hecha por Livio de todo lo extranjero a términos romanos comprensibles a sus lectores. Así encuentra la romanización de un ejemplo histórico, denominaciones y distinciones sociales y civiles típicamente romanas, introducción y desarrollo de elementos sacrales, transformación de una expresión griega de tono proverbial, ampliaciones explicativas (el autor admite que sería la romanización exegetica propiamente dicha), eliminación de elementos superfluos para un lector romano, paso de lo genérico a lo específico y viceversa. Todos estos enunciados van documentados con sus pasajes correspondientes.

III) Romanización ideológica. — Está en función de la sensibilidad del ciudadano romano y de su formación, en la que la Historia tiene una misión pedagógica. Livio se inserta por ello en la política de Augusto (Syme, *The Roman Revolution*), contribuyendo junto con su clase social a sustentar el poder de Augusto. Enmascaran estas consideraciones y fines la objetividad histórica de Livio. La apología de lo romano se muestra en la idealización de las virtudes romanas: *fides*, *moderatio*, *clementia*, *constantia*, *abstinentia*

militum, morum integritas, grauitas. Esta idealización del Pueblo Romano y de la Historia son el tamiz por el que Livio ha pasado las noticias tomadas de Polibio.

El autor muestra, pues, un método claro que se puede utilizar, y con el que da una confirmación concreta de cómo Polibio suministra información a Livio, sobre la que hará prevalecer su nacionalismo y orgullo romanos.

JOSÉ MARTÍNEZ GÁZQUEZ

DARIS, Sergio: *Il lessico latino nel greco d'Egitto*. Papyrologica Castroctaviana. Barcelona, 1971, 117 pp.

Hace once años publicaba Sergio Daris en "Aegyptus" (40-1960, 117-314) un largo trabajo cuya esencia estaba constituida por un sistemático despojo lexical latino en los documentos griegos de Egipto. El trabajo estaba completado por unas páginas en las que el profesor italiano exponía algunas ideas acerca de los problemas planteados por el tema en cuestión.

Pues bien, al cabo de once años el autor se ha decidido a publicar nuevamente, en forma ya de libro, el contenido central de su anterior trabajo. Y por ello debemos estarle agradecidos, pues la documentación recogida por su autor convierte este trabajo en libro de consulta obligada para investigar en no pocos campos de la papirología, la historia e incluso de la lengua.

Precede al léxico un breve estudio que intenta ofrecer al lector los rasgos más notables de la fonética y morfología de los términos estudiados. Por otra parte, el léxico está basado exclusivamente sobre textos documentales, con exclusión de los nombres propios, geográficos, topónimos, de meses, etc. Un criterio básico seguido por el autor al citar los vocablos es el cronológico: por otra parte, el único objetivamente válido en estos casos.

Hay que felicitar a *Papyrologica Castroctaviana* por habernos ofrecido un útil de trabajo tan indispensable como el que hemos reseñado. Por otra parte, este trabajo puede ser la base para futuras investigaciones sobre aspectos concretos del latín y del griego.

JOSÉ ALSINA

ROLOFF, Dietrich: *Plotin. Die Grosschrift III, 8-V, 8-V, 5-II, 9*. Berlín, W. de Gruyter, 1970, 244 pp. (Untersuchungen zur ant. Literatur und Geschichte, Band 8.)

Hace algo más de treinta y seis años R. Harder publicó un brevísimo, pero trascendental trabajo (*Eine neue Schrift Plotins*, *Hermes*, 71-1936, 1-10) en el que rastreaba, en la actual edición de las *Enéadas* plotinianas, un conjunto de escritos parciales que formaban, a su juicio, una obra unitaria, con un tema único y un desarrollo coherente. Se trata del grupo de escritos formado por III, 8; V, 8; V, 5, y II, 9. El estudio del eminente plotinista, que ha sido incorporada a los *Kleine Schriften* de este autor (Munich, Beck, 1960, 303-313), plantea una serie de cuestiones básicas, y, al mismo tiempo, se ocupa de ciertos problemas que tocan de muy cerca temas tan interesantes como el del papel de Porfirio en la edición de la obra del creador del Neoplatonismo. El tema es, ciertamente, interesante, y una buena prueba de ello es que un grupo de estudiosos de Plotino (Dörrie, Gatzmeier, Karsühlke, Lehmann, Lötsch, Meinhardt y Wurm y Roloff) se reunieron en un coloquio para realizar una lectura conjunta de los tratados plotinianos antes citados y para discutir, los puntos de vista de Harder con el fin de verificar sus tesis. De la intervención de Roloff en este coloquio es fruto el presente libro. Naturalmente que es un fruto ampliado, retocado, nuevamente pensado, pero en última instancia, resultado de esta discusión conjunta de una parte de la obra de Plotino.

Cabe decir que la tesis de Harder resulta enteramente confirmada por el trabajo de Roloff, quien ha aceptado de entrada los puntos de vista iniciales para confirmarlos y, sobre todo, desarrollarlos. El libro no es en última instancia, más que un amplio comentario

de los tratados en cuestión, en el mismo orden en que los estableció Harder —y que es, por otra parte, el orden actual de las *Enéadas*, esto es, el orden establecido a su vez por Porfirio—. Roloff parte de una especie de preludeo de Plotino (*φύσις, ψυχὴ* y *νοῦς* como formas distintas de *θεωρία*) con la formulación de la tesis: “todo tiende a la *θεωρία*” y aplicación de la tesis a la *φύσις*, a la *ψυχὴ*, al *νοῦς*. Sigue un segundo punto, la disyunción del Uno respecto al Nus, la consideración del *κόσμος νοητός* como “estadio previo al Uno” (*als Vorstufe zum ἓν*), la confirmación ulterior de la serie *ἓν, νοῦς, ψυχὴ*, y, finalmente, la defensa del *κόσμος αἰσθητός* contra los Gnósticos.

Queda así demostrada la existencia de un escrito plotiniano que, por azares de la edición antigua de sus obras, quedó desgajado y repartido entre los distintos tratados que forman las *Enéadas*. Que tal repartición es culpa, digamos, de Porfirio, es algo que el propio Harder afirmaba taxativamente en el trabajo antes mencionado, cuando dice (Kl. Schr. 310): “Wenn eine Schrift Plotins in mehrere Bücher zerlegt ist, so geht das offenbar auf Porphyrios zurück”. Si en la edición de las obras de Plotino que sabemos realizó Eustoquio (cfr. P. Henry, *Recherches sur la Préparation évangélique d'Eusèbe et l'édition perdue des oeuvres de Plotin publié par Eustochius*, París, 1935) estaba o no respetada esta unidad es algo que ignoramos y acaso ignoremos siempre, pero puede barruntarse con cierta verosimilitud que es muy posible que debamos a Porfirio la separación de las diversas partes que constituían este escrito unitario, en cuatro libros, de Plotino, si tenemos en cuenta que en la *Vita Plotini*, 26, Porfirio nos informa de su participación personal en la edición de las notas de su maestro —quizás incluso trabajó sobre la edición de Eustoquio— en las que, afirma su editor, insertó una serie de notas y comentarios propios. Y acaso algo más, a juzgar por los resultados tanto del artículo de Harder como del libro que nos ocupa.

JOSÉ ALSINA

LEMERLE, Paul: *Le premier humanisme byzantin. Notes et remarques sur enseignement et culture à Byzance des origines au Xe siècle*. Paris, Presses Universitaires de France, 1971, 326 pp. (Bibliothèque byzantine Études-6.)

Con una introducción precisa, en la que destaca la cautela del verdadero investigador, empieza su estudio el profesor Lemerle. Distingue en ella los dos humanismos que conoció Bizancio a lo largo de su historia: el de los siglos ix y x, que coincide con una época oscura en Occidente, si exceptuamos el “renacimiento carolingio”; y el de los siglos xiii al xv, cuya relación con el Renacimiento propiamente dicho es ya patente. Este primer humanismo bizantino (siglos ix y x) será, según el autor, eslabón básico entre la antigua Grecia y el segundo humanismo (siglos xiii al xv).

Aborda a continuación, el problema de la interrupción de la cultura helénica en Occidente. Hace notar Lemerle que, a partir de los siglos v y vi, no se conocía prácticamente la lengua griega en España, Britania, Irlanda, África, la Galia e Italia. Según esto, de pecios de naufragio pueden considerarse las escasas inquietudes que por Platón, Plotino o Aristóteles sintieron Boecio, Casiodoro y otros.

Así las cosas, no es de extrañar que la Edad Media occidental esté casi totalmente vinculada a la cultura latina, siendo palmario el caso del mundo anglosajón que, gracias a la actividad de Gregorio el Grande y a eruditos como Beda el Venerable, se convirtió en refugio sagrado de invalorable códices en latín. Esta cultura anglosajona, de fondo latino, a su vez, actuaría como levadura en la renovación de las letras en la Europa continental, influyendo de forma concreta en el renacimiento carolingio.

Insiste Lemerle en el papel insignificante jugado por el helenismo en este movimiento, aunque no le pasan inadvertidos los casos aislados al respecto como pueden ser el manuscrito del Pseudo-Dionisio Areopagita y el problema que plantea la pervivencia del griego en Italia.

Los frecuentes roces que árabes y bizantinos mantuvieron originan teorías incompletas en muchos aspectos. Sobre el particular, opina Lemerle, se puede dar como descartada la hipótesis de quienes mantienen que el paso del helenismo antiguo, motivador del

renacimiento helénico en Bizancio, se efectuara a través de Persas y Sirios, los cuales lo habrían transmitido a los árabes, siendo éstos, en última instancia, quienes lo hicieron llegar a Bizancio. Hay que pensar más bien que este renacimiento fue un movimiento progresivo y más o menos lento, surgido entre los mismos bizantinos. No se puede hablar de influencia directa ni de una relación de causa a efecto entre el Islam y Bizancio en este terreno. Ahora bien, lo que no se debe negar es que en la etapa cronológica de los siglos IX y X se produjeron en ambos pueblos algunas coincidencias, como esa forma de "enciclopedismo" que encontramos en uno y otro.

Descartados el Islam y el Occidente como canales transmisores de la cultura helénica hacia Bizancio, se reafirma Lemerle en su opinión de que esta trasmisión se llevó a cabo por los mismos bizantinos ya que entre ellos jamás se dejó de hablar el griego, sin olvidar tampoco que persistía el influjo de las obras de la Grecia antigua. Pero se pregunta, no obstante, si esta persistencia podemos verla bajo el prisma de la continuidad del helenismo profano o como un simple fenómeno de supervivencia, más o menos sofocado por el cristianismo, componente esencial de esta civilización. La respuesta es delicada y los pareceres diversos.

Lemerle hace balance de los altibajos que pudo experimentar la cultura helénica durante los tres primeros siglos del imperio bizantino y, a decir verdad, los resultados son más bien positivos hasta el siglo VI. Se destaca, en primer lugar, la gran tarea realizada por Constantino II, que contó para esta empresa con maestros de la talla de Libanio y Temistio, cuya labor preparó a bastante distancia cronológica la que en el siglo IX desarrollaron Focio y Aretas. La simpatía de Juliano por los clásicos no necesita comentario. Teodosio II no fue a la zaga de sus antecesores como lo testimonio el auge que alcanzan en su tiempo la Universidad y la Biblioteca de Constantinopla. Por el contrario, la intolerancia de Justiniano, intolerancia que, a su vez anidaba en la naturaleza misma del cristianismo, marchitará los desasosiegos que por lo clásico habían sentido sus predecesores en el poder. Así surgió la crisis del siglo VI, de la que hasta cierto punto fue responsable el espíritu unitario y autoritario del citado emperador.

Al morir Justiniano (565), comienza un período de dos siglos y medio que pasa por ser el más difícil de conocer y juzgar a lo largo de toda historia bizantina. Las luchas con el Islam, las polémicas iconoclastas, la escasez de manuscritos, el hecho de que no abunden los hombres de ciencia y algún que otro bache por los que atraviesa la Universidad son factores sobre los que muchos se apoyan para tildar de oscura a esta época. El profesor Lemerle, aunque no descarta la evidencia de los acontecimientos enumerados, ve en algunos de ellos y en esta época en general un disimulado período de maduración, que dará sus frutos en el siglo IX, siglo que merced a la implantación de la escritura minúscula, entre otros acontecimientos de relieve, se convierte en uno de los momentos más originales de la historia de Bizancio.

Tras esta detallada descripción del paisaje histórico-cultural de los primeros siglos de Bizancio, se pasa a justificar con ejemplos concretos el motivo fundamental de la obra, esto es, la aparición en Bizancio de su primer humanismo, uno de cuyos pilares es León el Filósofo o el Matemático, hombre polifacético a lo Leonardo (si se puede hablar así) y del que el propio Lemerle dice: "Voici la première figure d'un véritable homme de la Renaissance". Cualquier encomio cuadra bien a este genio que igualmente inventaba un telégrafo óptico, predicaba una erudita homilía, como arzobispo de Tesalónica, o dirigía la Escuela de Altos Estudios en Constantinopla.

El hecho de que con Focio la cultura haya cesado de ser un fenómeno sorprendente y nuevo, induce a que se le considere más bien un iniciador del clasicismo bizantino que un hombre de Renacimiento. El estudio realizado sobre la obra de Focio nos parece, si cabe, más minucioso y con más sentido crítico que el de León el Matemático. Justas parecen, pues, las opiniones de K. Ziegler o Lemerle que ve en él a la figura más representativa de la cultura bizantina y el alma del siglo IX que, con los reinados de Teófilo, Miguel III y Basilio I, contiene en germen el brillante apogeo del siglo siguiente.

Focio, un gran humanista. Aretas, un bibliófilo erudito que, a pesar de no tener un lenguaje, un carácter y la brillantez de León o del mismo Focio, por su eficiencia y aportaciones, merece lugar de honor en el siglo IX. Aretas era editor y escoliasta y, en calidad

de tal, su nombre está vinculado a escritores antiguos como Platón, Aristóteles, Euclides, Luciano, Marco Aurelio, Píndaro, Tucídides, Estrabón y otros. Es de destacar la concienzuda información que sobre códices y problemas de este tipo apreciamos en el estudio dedicado a Aretas.

Al margen de estos maestros aislados señala el autor la importancia y el incremento que experimentaron las escuelas de enseñanza durante la centuria que transcurre entre Bardas y Constantino Porfirogéneta, y el control llevado a cabo en este aspecto y momento por parte del Estado. Ahora la cultura dejará de ser patrimonio de inteligencias individuales y tendrá en el movimiento enciclopédico del siglo x una de sus manifestaciones más señeras. Finalmente, se analiza con amplitud el papel personal de Constantino VII en este movimiento.

El libro precisa de una doble lectura. Decimos esto porque es tal la cantidad y calidad de notas que, a pesar de la fluidez y claridad con que escribe Lemerle, podrían pasar inadvertidos al lector problemas importantes. En cuanto al contenido, la crítica ha de proceder con reservas, habida cuenta de que el autor, sólo a veces, concluye con afirmaciones categóricas: "Je ne pretends donc présenter que des 'notes et remarques', pierres d'attente pour une moins imparfaite construction, que d'autres élèveront un jour", anticipa en la introducción. A pocas pretensiones, buenos resultados. Esto suele ocurrir, a menudo, y en el caso presente, por descontado. El autor consigue de sobra su propósito y si queda algún punto por completar, hoy por hoy, es el propio Lemerle uno de los pocos bizantinistas capaz de hacerlo.

JUAN VALERO

CASTILLO DIDIER, Miguel: *Antología de la literatura neohelénica. I. Poesía*, Colección del Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos de la Universidad de Chile y de la Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1971.

Fruto de la últimamente notable actividad del Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos de la Universidad de Chile —que cuenta en su haber la publicación de la revista *Bizantion-Nea Hellas*—, me llega ahora este importante volumen (*I. Poesía*) de una *Antología de la literatura neohelénica*, en traducción castellana, debida al profesor M. Castillo Didier, conocido sin duda en nuestras latitudes como traductor de Kasantsakis, y estudioso sobre todo de las corrientes poéticas y narrativas contemporáneas en Grecia. La empresa acometida era ardua y presentaba innumerables problemas: de enfoque, de límites cronológicos, de selección, de ordenación del material, de forma o formas de traducción, etc. Pero fundamentalmente, como siempre en una *Antología*, el primer problema era la selección. Es obvio que juegan aquí una gran cantidad de factores subjetivos: el muestreo que una obra de este tipo ofrece es siempre opinable, no hay normas rígidas ni totalmente objetivas que permitan establecerlo de un modo determinado; pero, en todo caso, el muestreo debe ser representativo, sin más limitaciones que las establecidas en el título. Esta primera condición, la única realmente importante, resulta felizmente cumplida en la obra del prof. Castillo Didier.

Por lo demás, y a mi juicio, una antología debe ser personal, y por lo tanto no hay nada que establezca unas pautas en cuanto a la cantidad de espacio concedido a un autor frente a otro, etc. Es posible conjeturar, de la repartición de estas cantidades, la importancia fundamental que el prof. Castillo Didier confiere a la poesía popular anónima, que empieza (tras una amplia "Introducción a la poesía neohelénica": pp. 23-71) la selección, y a la poesía del alejandrino Kavafis, que la culmina. Esto establece unos límites cronológicos que son sintomáticos: no están representados los poetas de la generación del 30, ni las tendencias posteriores, pero la vía abierta a la poesía actual (Palamás, la Nueva escuela ateniense, Kavafis) sí resulta suficientemente ejemplarizada. Es curioso, cuando el autor ha estudiado y traducido, bien, a poetas posteriores (Seferis, Elitis, Ritsos), que éstos no figuren en la *Antología*, cuyo tope podía haber sido la generación del 30, precedidos por algunas muestras de la llamada —con razón, sin duda (cfr., en la "Introducción", pp. 65-66)— generación perdida. Es curioso, pero, en todo caso, no es discutible: tal como acaba, la

obra ofrece unos ejemplos suficientes y acertados para el estudio de la poesía griega hasta el primer cuarto de nuestro siglo, poco más o menos. Por otra parte, la "Introducción" aporta, en el texto, ejemplo de poetas posteriores, hasta nuestros días. En cambio, es innegable que existe una literatura "moderna" en la bizantina, como el mismo Castillo Didier recuerda, citando, entre otros, a Lavagnini y a Knös (p. 26); de ella forman parte algunas redacciones épicas, las novelas en verso de los siglos xiv y xv, y una serie de composiciones anónimas o discutidas —algunos poemas de Prodomo, por ej.—, que resultaría coherente con el enfoque dado en la "Introducción" el hecho de que hubieran quedado representadas en la antología propiamente dicha. Esto no es así, aunque, también en este caso, podemos aludir a los esporádicos ejemplos dados en la "Introducción" ilustrativos, en parte, del resto de esta poesía anónima en lengua popular.

Las traducciones son siempre correctas; es cierto que muchos poetas en formas tradicionales pierden un tanto sin el apoyo de la rima (así Solomós, por ej., brevemente representado, y otros varios), pero éste era un riesgo que había que correr para lograr la literaria fidelidad que sus versiones ofrecen, siempre sujetas a un ritmo normalmente resultante de una ordenación isosilábica igual o afín a la del original. No puede quedar sin señalar el acierto de la forma empleada en la traducción de los poemas populares, versos de dieciséis sílabas, a menudo con pausa medial, que sugieren un estadio entre épico y de romance narrativo o lírico, en castellano, y que resultan realmente apropiados. Las dificultades eran muchas, y apenas es más de una anécdota el que la traducción, por ejemplo, del primer dístico en la pág. 133 ("El mundo es un arbusto; nosotros somos el fruto, / Caronte es el segador, el que recoge sus flores") no resulte del todo exacta ni muy afortunada. Pero es sintomático que no se puedan espigar muchos ejemplos como éste en la traducción de poemas que ofrecen cantidad enorme de dificultades y problemas: "arbusto" es forzado para lograr una sílaba más que "árbol", y una traducción literal habría de recoger igual ("su fruto" y "su fruto") los dos finales, distintos (τό πωρικόν του y τόν καρπόν του), de cada verso; ὁ τρυπητής es el vendimiador, pero ha de ser segador para lograr un hemistiquio octosílabo.

Este es un libro pionero, y muy amplio. Sería ruin ir abundando en pequeñas cosas, pero ingenuo y falso concluir que se ha dado solución a todos los problemas: hay ahí una imponente, filológicamente viable, pauta para nuevas, mejores traducciones —pauta de la que el prof. Castillo Didier no disponía, en casi todos los casos: por ello su libro es pionero—; y hay también magníficos logros, muy acertadas formas, poemas muy definitivamente trasladados. Por otra parte, las formas poéticas abordadas distan mucho de ser homogéneas: se caracterizan, justamente, por su heterogeneidad y diversidad: hay un esfuerzo, en el traductor, por articular estas circunstancias en su castellano, y no es pequeño elogio poder decir que muy a menudo esto se logra.

Es interesante, y simpático, el prólogo del prof. Fotios Malleros. Añadamos que la bibliografía aducida y consultada forma un conjunto útil y bastante completo. El informado análisis y panorama que el autor ofrece de la poesía popular, lleno de aciertos, quizá podría ganar en enfoques y matizaciones con la consulta de la interesante *Poésie populaire des grecs* de Emmanuel Zakhos, Maspero, París, 1966 (bilingüe).

No querría cerrar mi reseña sin celebrar el esfuerzo editorial que la obra representa, y sin señalar, empero, el escaso cuidado en la impresión de caracteres griegos. Es lástima que esta magnífica *Antología* no haya podido ser bilingüe. Una última sugerencia: quizá convendría unificar en el ámbito del español la transcripción de nombres neogriegos; y yo me permito remitir, desde aquí, a las observaciones en este sentido del prof. Fernández-Galiano en *Estudios Clásicos*, 53, 1968, pp. 3-5.